

y yo hemos alquitarado el «usted»: ésa es nuestra más indiscutible contribución conjunta a la historia de la literatura española. Cualquier asomo de tuteo, incluso el más mínimo, sería un regreso a la materia ónticamente indiferenciada, la existencia bruta de un par de sujetos sueltos» Es decir, nos tratábamos de usted; bueno, sigue un par de páginas más, un poco más adelante hablo de Javier Tomeo, que nunca llevaba tabaco y no hacía más que pedirnos.

—*Hay una frase de Herralde que dice que los poetas, como usted, escriben una prosa diferente, más vibrante.*

—Sí es verdad que los poetas, en general, escriben muy buena prosa, si no se almibaran ni se empeñan en hacer prosa poética. Porque en una novela hay que contar cosas triviales a veces, hay que contar que estamos tú y yo, aquí sentados en unos sillones, y que tú escribes y yo hablo, y no puedes ser todo el tiempo un ser poético. Es un defecto a veces de Valle, que es demasiado poético, es un tema largo que daría para mucho.

—*También dijo Herralde de usted que es un escritor de culto.*

—Siempre lo discuto porque no me gusta nada ser un escritor de culto, y además no creo que lo sea. Vendo cuarenta mil ejemplares al año, y ésas no son cifras de autor de culto, y sobre todo no tengo vocación. Yo aspiro a dirigirme a una gran cantidad de personas, tengo voluntad de tener muchos lectores. Herralde lo dijo porque en un momento le pareció interesante, pero no lo soy en absoluto.

—*Lo que sí ocurre es que no se prodiga mucho en fiestas, ni está en jurados, ni en presentaciones.*

—No me prodigo nada. Para empezar, hago vida diurna, lo que quiere decir que a las diez de la noche estoy en casa leyendo o durmiendo, y en Madrid todo el mundo empieza a pensar en cenar a las diez de la noche, que es cuando yo empiezo a pensar en meterme en la cama. Y luego, a mí me ha cogido esto de la literatura muy mayor: no tengo discípulos, ni grupo literario, he hecho siempre la guerra por mi cuenta y así sigo. Para bien o para mal soy un solitario, no anormalmente solitario, pero sí quizás con los años voy adquiriendo un tinte

misantrópico. El otro día estuve en una fiesta que organizó Anagrama, y no conocía a nadie, absolutamente a nadie, y es muy desagradable. Conozco a muy poca gente hoy día en Madrid, conozco a tres personas.

—*¿Cómo escribe? ¿Es maniático en su manera de trabajar?*

—Yo dicto. Hago primero un monstruo de ciento cincuenta o doscientos folios, un copión como lo llaman en el cine, y luego voy corrigiendo, añadiendo y eliminando cosas. Antes escribía a máquina, ahora a veces hago borradores a mano, pero dependo mucho del relato oral. Y creo que la oralidad es muy importante en mi literatura. De algún modo, tengo la novela en la cabeza, no es que la sepa de memoria, claro, pero la tengo en la cabeza. Y parto de esas ciento y pico páginas, que vuelvo a leer y a reescribir, se parece mucho a lo que hace un cuentacuentos, un proceso oral que se convierte, finalmente, en texto. Doy mucha importancia a la lectura de mis textos, a que lo que escribo suene bien.

—*He visto antes entre sus libros un ejemplar de su discurso de la Academia, en el que ha escrito en la portada «copia definitiva». ¿Hace muchas versiones de sus textos?*

—Ésa a la que te refieres es la copia del discurso que leí el día de la recepción. Habíamos pactado que durara más o menos tres cuartos de hora, y lo que está escrito dura una hora larga, de modo que en esa copia reduje el texto a exactamente cuarenta y cinco minutos. Y sí, soy un experto tachando, creo que los textos ganan mucho cortándolos, y aunque no es fácil, yo tacho mucho.

—*Es interesante eso que cuenta de los textos, que ganan cortándolos.*

—Ganan muchísimo. Cuando empecé a escribir en periódicos tenía que enviar setenta líneas de maqueta, o treinta, no me acuerdo, y había que arreglárselas para decir lo que fuera en esas treinta líneas. De modo que aprendí a comprimir, a resumir, y sobre todo a cortar. Y creo que casi nunca se pierde nada cortando.

—*He leído esta dedicatoria en uno de sus libros: «A Ernesto Calabuig, en recuerdo de las mil y pico holandesas que con toda pulcritud escribimos, reescribimos y tiramos a la papelera...».*

—Sí, bueno, tiene que ver precisamente con lo que hablamos, la cantidad de folios que acaban en la papelera. Además, yo soy muy caótico contando las cosas, me repito mucho, voy y vuelvo, salto de un tema a otro... Y eso también hace que en cierta manera no me acuerde, tengo muy poco respeto por los textos escritos. Mallarmé dice: todo existe para convertirse en libro; yo hago justo lo contrario, yo convierto las cosas en libro porque si no no lo podría vender, pero no soy un escritor litúrgico. Sí me gustan los libros como objetos, me gusta hojearlos, me gusta cómo huelen, me gusta que estén bien editados, con letra muy grande, detesto la letra pequeña con todo mi corazón...

—*¿No doblará las páginas, por supuesto?*

—Hago de todo, soy un horror, mis libros quedan completamente desfigurados después de leerlos. Los estropeo mucho, en ese aspecto no soy nada bibliófilo.

—*Creo que hubo una época en que le interesó mucho Rimbaud.*

—Me interesó mucho saber qué le pasó, pero no es uno de mis poetas favoritos, que ya están fijados hace muchísimos años: Eliot y Rilke, entre los no españoles, o narradores como Iris Murdoch, Sartre... De Rimbaud me interesó saber por qué lo dejó, que abandonara la escritura con esa radicalidad, y que mandara al cuerno todo el mundo de la literatura y los cenáculos franceses de la época me resultó muy sugestivo, esa especie de salvajismo; olía todo a mierda, y lo mandó todo a la mierda.

—*No hemos hablado nada de la Academia, ¿qué tal le tratan?*

—Muy bien, es muy agradable la Academia. Lo que estamos haciendo en la comisión en que yo estoy es preparar la salida de la siguiente edición del *Diccionario*, y lo que hacemos es discutir sobre el material que nos trae el Instituto de Lexicografía, un trabajo muy interesante. Es difícil definir las palabras, ayer mismo me contaron que Marañón, cuando se moría, y finalmente se murió, dejó una papeleta con la definición de escapatista, y me resultó curioso que al borde de la muerte Marañón se ocupara de definir escapatista. Hace un par de sesiones se suscitó un problema: Gregorio Salvador trajo la palabra

«canalillo», y la definición que él propuso fue «hueco que hay entre los dos pechos de la mujer», pero yo añadí, y por lo visto se discutió mucho, que tenía que ser la mujer vestida, porque la mujer desnuda no tiene canalillo, y ves, ahí hice mi pequeña aportación. La Academia es diálogo y colaboración, y es bonito, lo paso muy bien.

—*¿Y lo del amor al fútbol?*

—Hombre, no soy un forofo, y mucho menos futbolero como lo es Javier Marías, por ejemplo, o muchos otros. La verdad es que hay muchísimos escritores a quienes les gusta el fútbol: Vicente Verdú es un teórico, le encanta, y a Eduardo Galeano, yo no llego a tanto, a mí me gusta ver algún partido en la tele, poco más. Sí hubo una época en que me interesó mucho Michel y el Real Madrid de Toshack, cuando escribía en los periódicos, pero ahora no paso de ver algún partido.

—*¿Y de qué equipo es, del Racing, claro?*

—No, del Racing no he sido nunca, no soy de ninguno. Me divierte el Madrid porque los conozco más, aunque anden un poco de capa caída esta temporada.

—*¿Sigue teniendo una habitación acondicionada como gimnasio, con sus espalderas en las paredes y todo?*

—Sí, sigo teniéndola. Ahora lo que juego mucho es al pimpón, mal, pero estoy aprendiendo, y ando en bicicleta. Hago una vida muy poco literaria, hago una vida de hombre de campo. Paseo por las tardes, o por las mañanas temprano, voy en bici cuando hace buen tiempo, y cada vez me divierte menos la ciudad, la vida urbana.

—*Una cosa que me llamó la atención es una frase suya un tanto provocadora: para escribir no hace falta salir del salón de casa.*

—Es una cosa que cuento mucho porque yo soy fundamentalmente sedentario, y que me imagino que dejará horrorizados a otros escritores. Lo que quiere decir es que nada hay dentro, nada hay fuera, lo que hay dentro, eso hay fuera, como dice el texto de Goethe que citaba Ortega. Julio Verne no hizo más que contar viajes que imaginaba en su

despacho de París, y creo que la experiencia narrativa no siempre se toma del natural. Suponer que porque uno viaje mucho va a tener una vida más rica es mucho suponer. Un personaje puede tener tres niños y una existencia muy ordenada, y una vida de invención fabulosa. Yo nunca he estado en Venecia, y no pasa nada; debo ser el único escritor que no ha estado en Venecia...

—*Puede hacer media con Sergio Pitol, el escritor mexicano, que ha estado mil veces en Venecia.*

—Sí, Pitol es un viajero empedernido, fue diplomático y ha hecho del viaje su tema. Yo escribí una cosa sobre él que se tituló «El viaje a Vasconcelos». Vasconcelos es un autor mexicano y yo contaba que hay un gran país que es la lectura, el acto de leer, donde nos encontramos con frecuencia Pitol y yo. La lectura tiene también ese aspecto de viaje en el que uno se encuentra con gente. Y habrás observado que esta habitación es una habitación para largas tardes de lectura: los sillones, las mesas camillas, el brasero, los colores, los objetos, las frutas... Todo esto refleja una actitud contemplativa ante la vida, de persona sedentaria frente al viajero. A mí me gustan los viajeros cuando vienen a contar lo que les ha pasado, me interesan más los relatos de los viajes que los viajes en sí.

—*¿Y en qué anda ahora?*

—Pues ando con el trabajo del año, pero nunca cuento nada porque si lo cuentas se gafa. Empiezas a hablar, y de algún modo empieza a peligrar. Y es que tampoco hay que contar nada, yo tengo una técnica muy burocrática, que es que escribes todos los días y vas sacando poco a poco las cosas. Muy poco inspiracional, como te contaba.

—*¿Hay alguna clave en sus libros?*

—Yo creo que si hay alguna clave en mis libros tiene que ver con que he comenzado a publicar muy tarde, por eso no tengo maestros adorados. Empecé a publicar casi con 40 años, y he hecho eso que se dice la carrera literaria en poco más de veinte. Y ahora con sesenta y cinco me encuentro muy bien. Cuando los demás preguntan ¿y esto era todo?, yo todavía tengo la sensación de que me queda todavía mucho

camino por recorrer. No tengo ninguna nostalgia de mi juventud, detesto mi juventud, la mejor época de mi vida han sido los últimos diez años. Así que por lo demás, todo bien.

Bajo en el ascensor con tres libros suyos que ha ido sacando a lo largo de la entrevista de un mueble, al lado de la chimenea. En uno de ellos, *Hacia una constitución poética del año en curso*, me ha escrito una dedicatoria con pluma, letra grande, regordeta y caótica.

Fuera se ha hecho de noche y, dirá lo que quiera, pero se echa en falta un gato, dormitando sobre un radiador, para las tardes de invierno. Aunque arañe.

